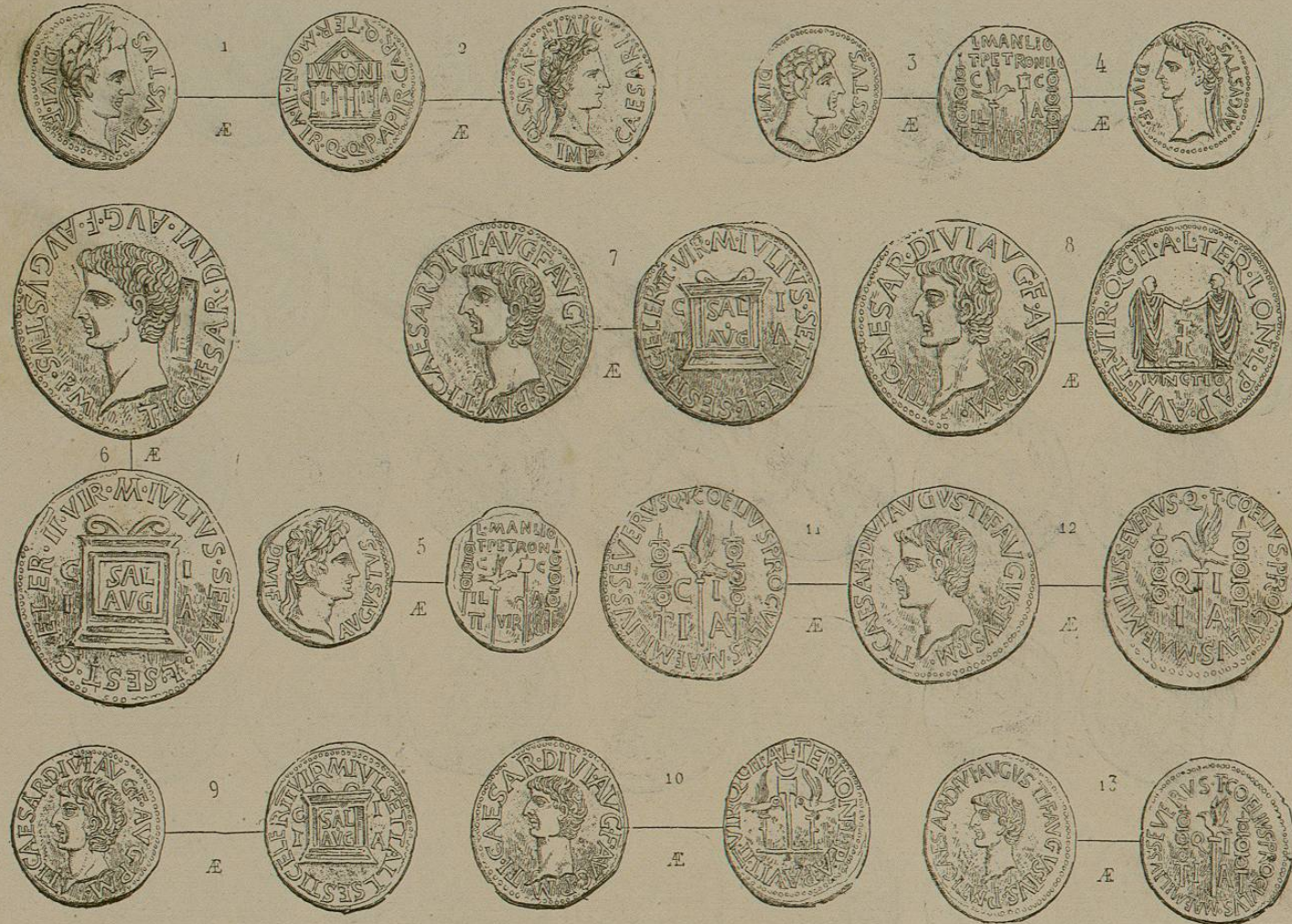


Ni es de nuestro propósito, ni bastarian volúmenes enteros, si hubiéramos de dar cuenta de los infinitos vestigios de monumentos romanos que aun se conservan en nuestra Península. Solo Tarragona, la ciudad española de los Césares, ostenta todavía tantas y tan venerables ruinas, que solas ellas bastarian para mostrar cuánta fué la opulencia, cuánta la magnificencia de las ciudades hispano-romanas del imperio. *Tarraco quanta fuit ipsa ruina docet*, dijo ya un escritor latino. Otro tanto podemos decir de Mérida, de uno de cuyos monumentos dijo el erudito Perez Bayer: «Vé el famoso arco romano; ni en Roma, ni en parte alguna he visto cosa igual ni que se

le parezca.» Las ruinas de Itálica, tan dignamente celebradas por la vigorosa musa de Rioja, son tan preciosas como no podian menos de ser los restos de la ciudad

Donde «nacío aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
Pío, Felice, Triunfador Trajano,
ante quien muda se postro la tierra...»
Donde «de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silió peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas (2).»

ILLICI (ELCHE)



Hemos nombrado una sola ciudad de cada una de las tres grandes provincias, no porque en otras muchísimas dejen de existir monumentos igualmente magníficos, sino porque sus solos nombres formarían un largo catálogo, pasando ya de dos mil las poblaciones en que se sabe haberse descubierto mas ó menos preciosas antigüedades romanas; estando con tal abundancia y prodigalidad sembradas en el suelo español, que mas de un labriego del siglo XIX se sienta á descansar en la puerta de su humilde vivienda sobre alguna pilastra del antiguo palacio de un procónsul, y las pilas de las regaladas termas romanas sirven á veces de abrevadero al ganado del aldeano. Templos, anfiteatros, circos, palacios, puentes, acueductos, baños, naumaquias, estatuas, aras, mosaicos, columnas, capiteles, vasos, lápidas infinitas, mil otros objetos por todas partes diseminados están testificando el esplendor á que llegó la España romana, y por los despojos que subsisten se puede discurrir la grandeza de lo que fué (1).

Habian los romanos llegado á unir á Roma con todas las principales ciudades del mundo por medio de grandes ramales de caminos, que partiendo de la metrópoli, y enlazándose

entre sí, venian á convertir el vasto imperio en una sola y gran ciudad. *Fecisti patriam diversis gentibus unam* (3). Nada ha igualado en solidez, belleza y magnificencia á estas grandes vias romanas, de que se conservan trozos que al cabo de cerca de veinte siglos admiran todavía y sorprenden por el mérito de su construcción. De las dos principales cadenas de comunicaciones que venian de Italia á España, la una arrancaba de la misma Roma por la puerta Aurelia, seguía por la Toscana á Génova, á Arlés por los Alpes Marítimos, Narbona, Cartagena, Málaga y Cádiz; la otra partía de Milan, y atravesaba los Alpes Cotianos y la Galia Narbonense, continuaba por Gerona, Barcelona, Tarragona, Lérida, Zaragoza, Calahorra y Leon, y se prolongaba por Galicia y Lusitania hasta Mérida. Cruzaban además á España otras muchas magníficas calzadas, de las cuales concurrían nueve á Mérida, siete á Astorga, cuatro á Lisboa, cuatro á Braga, tres á Sevilla y cinco á Córdoba. Calcúlase en una longitud de cerca de tres mil leguas lo que los romanos tenían ramificado de calzadas. Muchas de ellas estaban cubiertas con una capa de argamasa en extremo consistente y dura; el camino que atravesaba por Salamanca lo estaba de una piedra blanquecina, que le dió el nombre de *Via argentea*. Señalábanse con mucha exactitud las distancias de una á otra ciudad en elegantes marcos llamados columnas miliarias, de que se encuentran

(1) Además de las muchas obras que sobre sus antigüedades monumentales se habian publicado en España, hasta el primer tercio del presente siglo, se están publicando todavía al tiempo que esto escribimos dos obras especiales, que no dudamos sean de gran utilidad para nuestra historia, la una titulada: *Antigüedades extremeñas*, por el señor Viu; la otra, *Tarragona monumental*, por los señores Albiñana y Bofarull.

(2) Rioja, *Ruinas de Itálica*.
(3) Rutil. Galic.



ANTIGÜEDADES ROMANAS ENCONTRADAS EN LAS EXCAVACIONES DE TARRAGONA.

muchas todavía. A veces se inscribían en ellas el nombre del emperador que había hecho abrir el camino, ó del magistrado que le había hecho reparar, y solían también recordar algún suceso contemporáneo. Los pueblos en que las legiones hacían

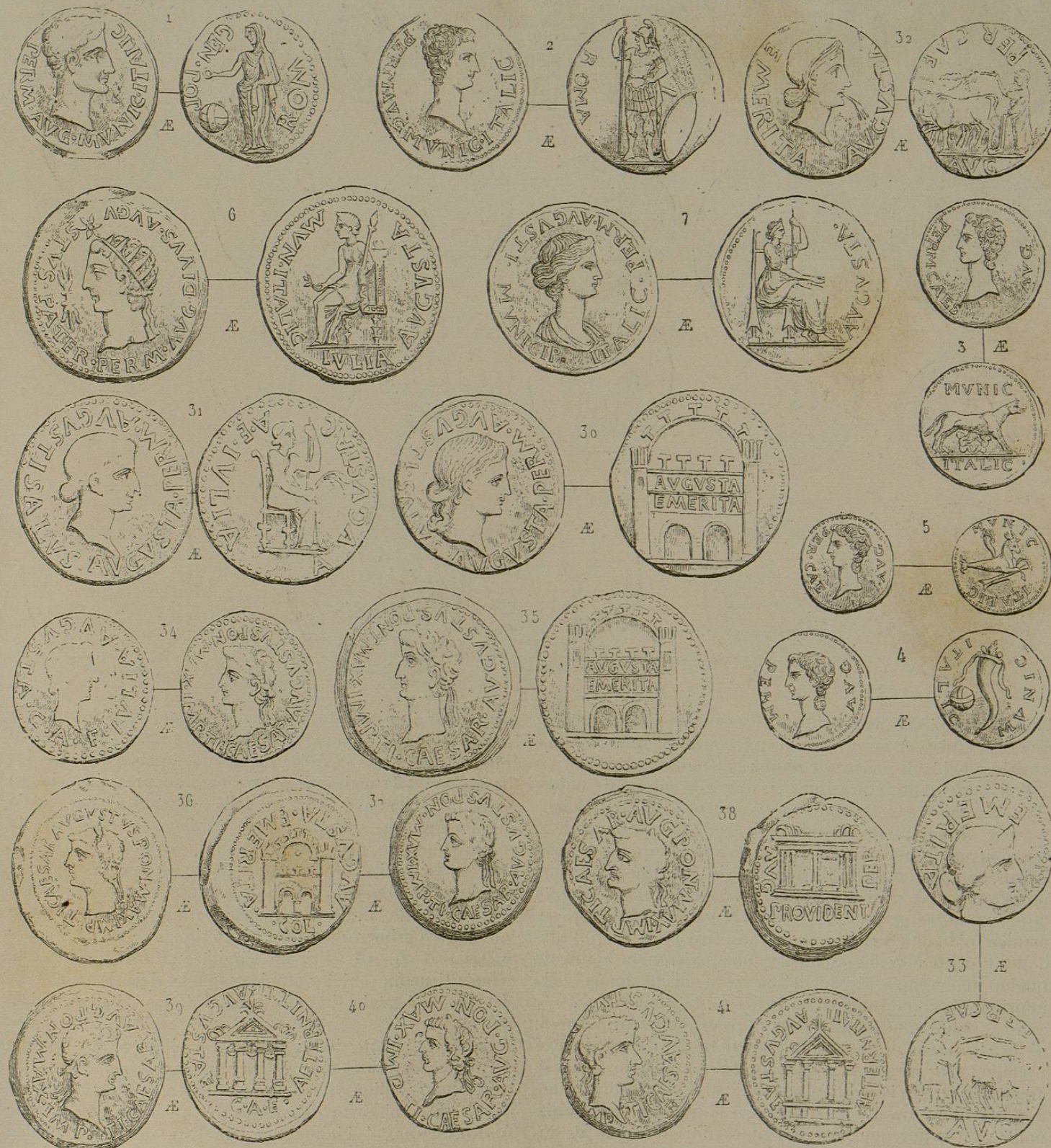
sus estaciones ó descansos, se hallan igualmente especificados con sus respectivas distancias en el *Itinerario de Antonino*. Además de las grandes vías mencionadas había otras de órden inferior para las comunicaciones particulares de los pueblos

TARRACO (TARRAGONA)



ÍTÁLICA (SANTIPONCE) (1 á 7)

EMERITA AUGUSTA (MÉRIDA) (30 á 41)



entre sí, las cuales recibían, según su clase, los nombres de *pretorianas*, *consulares*, *vecinales*, etc. La mayor parte de los grandes caminos se construyeron en los buenos tiempos del imperio (1).

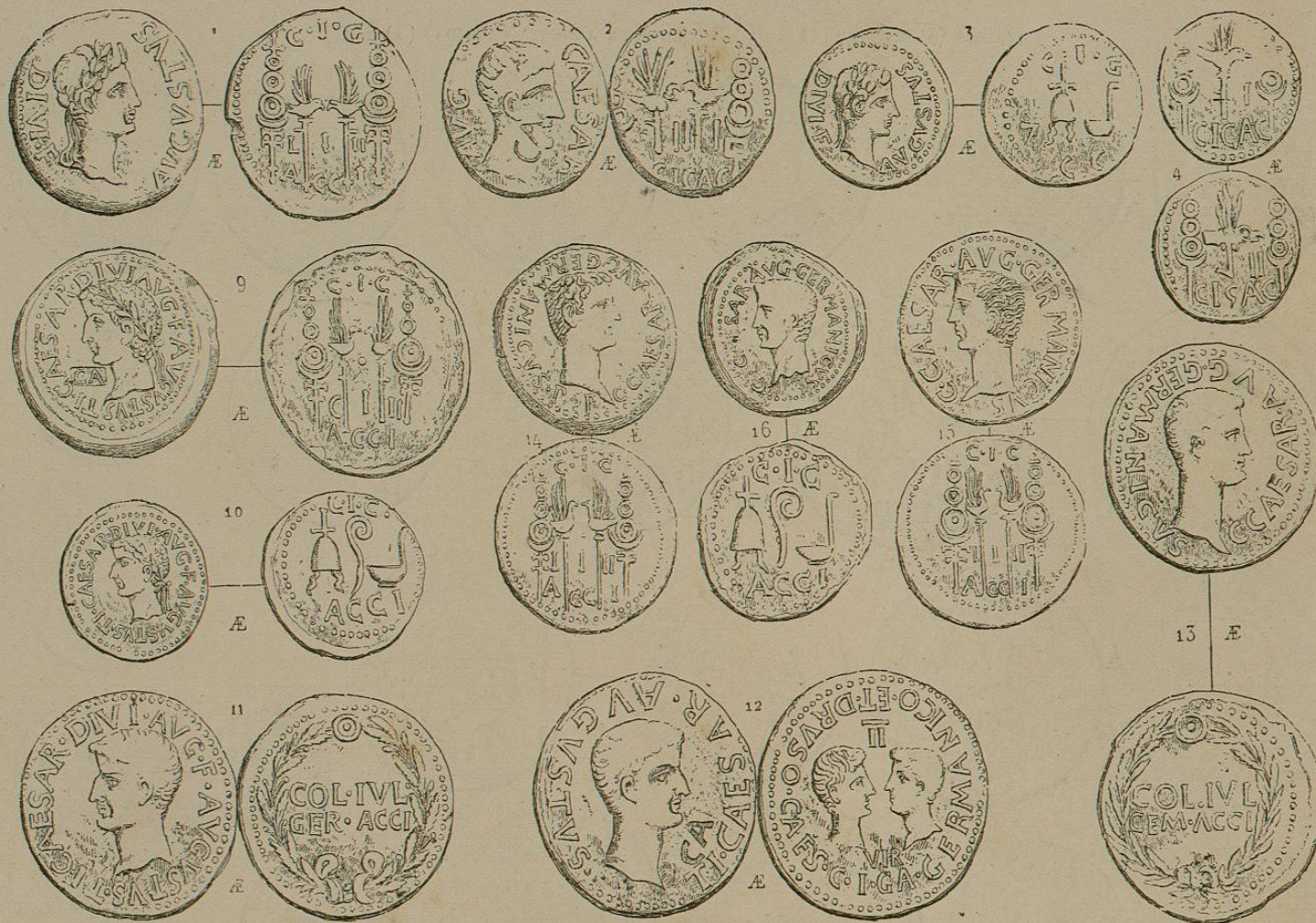
IV. Los españoles, que en medio del estruendo de las armas y al través de las turbaciones de los tiempos durante la república habían mostrado ya su afición á las letras y su aptitud intelectual, acudiendo presurosa su juventud á la escuela fundada por Sertorio, ¿podían dejar de progresar en los conocimientos humanos desde que llegó la edad de Augusto llamada la edad de oro de la literatura romana? La paz

(1) Berger escribió una obra exclusivamente sobre las grandes vías romanas, titulada: *Histoire des grands chemins de l'Empire*.

en que quedó el país, la protección de Augusto y el ejemplo de Roma los convidaban al cultivo de las letras. La lengua indígena había ido cediendo su lugar á la latina: de las costas y de los países llanos, los mas abiertos á la invasión, y que por consecuencia experimentaban mas el influjo del trato y comunicacion con los conquistadores, se iba retirando el lenguaje nativo á las montañas, acabando por refugiarse en esas comarcas que hoy llamamos Provincias Vascongadas, únicos puntos donde se ha conservado. Por mas tenaces que

los españoles fueran y por mas apegados que estuviesen á su idioma primitivo, no era posible que resistiera este á la influencia de la larga dominacion romana, mucho mas siendo el latin la lengua oficial, la lengua de la legislacion que regia á España, la de las escuelas y de la poesía, á que tan temprano se dedicaron los españoles, y posteriormente hasta la lengua de la religion. Reemplazó, pues, el latin al idioma ibero y á los dialectos locales, sin perjuicio de que se conservara en el pueblo una especie de lenguaje intermedio ó de

ACCI (GUADIX)



latin corrompido y mezclado con voces de la lengua nativa, que acaso fuera el precursor del que con la mezcla de otras sucesivas había de constituir un día la lengua española.

Fué, pues, la literatura romana, obra ella misma de imitación (que así se van trasmitiendo los pueblos su civilización, y así se va enlazando la vida universal de la humanidad, contribuyendo todos á su vez á la grande obra del progreso social), aclimatándose en España, en términos que á aquellos primeros poetas cordobeses, cuyas palabras y estilo *pingüe quiddam atque peregrinum sonantia* parecia ofender el armonioso oído de Ciceron, sucedieron otros poetas, otros oradores y otros filósofos españoles que tuvieron la honra de fundar una escuela hispano-latina en la misma Roma, y de imprimir el sello de su gusto á la literatura romana.

No diremos que España pudiera presentar ni un Ciceron, ni un Tito Livio, ni un Virgilio, ni un Horacio, pero sí que á poco de haber pasado la era de Augusto, y cuando Roma se arrastraba en el cieno de la sensualidad y de la corrupción, la única literatura que prevealecia en el imperio era la española, y lo mejor que entonces se escribía era obra de los ingenios españoles, aparte de alguna otra lumbrera, como Tácito, que aun solía aparecer en el turbado y nebuloso horizonte romano. Convendremos, si se quiere, en que la escuela española al volver á Roma bajo Neron el impulso literario que de ella había recibido bajo Augusto, corrompiera el gusto de sus maestros como en venganza de la servidumbre en que España había sido tenida. Pero aun así, ¿fué indigna la literatura española de figurar al lado de la romana? Deje-

mos hablar á un erudito historiador extranjero, que con una imparcialidad no comun en los escritores de su país cuando tratan de España, se explica de este modo acerca de las dos literaturas: «Se podrá disputar sobre su preeminencia; se podrá preferir la una á la otra; nada mas natural: pero nadie podrá negar que sea un glorioso catálogo de oradores, de poetas y filósofos, aquel en que figuran los Sénecas, Lucano, Marcial, Quintiliano, Silio Itálico, Floro, Columela y Pomponio Mela, por no hablar sino de los mas ilustres. Tales son los maestros de la literatura hispano-latina pagana; tales son tambien los primeros de entre los escritores de Roma despues de la edad en que escribían Virgilio y Horacio. Toda esta escuela tiene un carácter propio, y que no deja de tener relaciones con el genio literario español de las edades siguientes (1).»

En efecto, aparte de los Balbos, del bibliotecario Higino, del poeta Sextilio Henna, de los oradores Marco Porcio Latron, Junio Gallion, Marco Anneo Séneca, y otros que florecieron ya en el tiempo de Augusto, ¿quién no ve en Lucio Anneo Séneca, el Filósofo, el moralista de la antigüedad pagana? ¿Quién no admira la fecundidad de su ingenio, la profundidad de sus pensamientos, la sublimidad de sus máximas, y aquella valentía de imaginación, aquel conocimiento del corazón humano, aquella alma ardiente y melancólica, aquella dignidad de sentimiento que respiran sus escritos del *Reposo*, de la *Providencia*, la *Vida Feliz*, los *Consuelos á Hel-*

(1) Romey, *Hist. d'Espagn.* chap. XII.

TEMPLO DE MARTE EN MÉRIDA

(HOY ERMITA DE SANTA EULALIA)

En la plaza de Santiago de dicha ciudad hubo antiguamente un templo dedicado á Marte, del cual se sacaron los mármoles con que se adornó y restauró una ermita, llamada actualmente el Hornito de Santa Eulalia, donde se cree que esta vírgen padeció martirio. Consérvanse aun del expresado templo, aparte de los mármoles mencionados, cuatro trozos enteros del aquitrabe, friso y cornisa, los pedazos de otros dos, y los de igual número de columnas. En una lápida se lee en letras muy grandes:

MARTI . SACRUM
VETTILLA . PACULI

no habiendo quedado sino las cavidades de las letras, que naturalmente serian de bronce. Debajo de esta lápida hay otra mas estrecha que dice: *Iam non Marti, sed Iesu Christo D. O. M. eiusque sponse Eulalia vir. et mart. denuo consecratum.* Sobre ambas existe una tercera lápida moderna con la inscripcion siguiente: *Año de Christo de 1612, la ciudad de Mérida con sus limosnas, y de su jurisdiccion, reedificó este hornito que es el propio sitio donde fué martirizada la Vírgen Santa Olalla, patrona y natural de ella, siendo gobernador D. Luis Manrique de Lara, caballero del hábito de Santiago.*

Lo precioso de esta ermita (que se halla algo distante de la poblacion) son los mármoles referidos, llenos de molduras, labores, trofeos romanos, figuras emblemáticas y otras esculturas dignas de estudio.

Créese, á juzgar por la inscripcion, que una dama llamada Vettilla, mujer de Paculo, fué la que mandó construir y consagrar el Templo de Marte.